

fr. Jeremias.

~~Foll. 69 - 71~~

Foll. 60-29

3928

CONFERENCIA

PRONUNCIADA EN LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE SANTIAGO

el día 29 de Febrero de 1884

POR

DON ANTONIO TOLEDO QUINTELA,

Catedrático Auxiliar, por oposición, de la Facultad de Derecho.



SANTIAGO:

Estab. Tip. de la Gaceta, Felipe de la Torre y C.^a

SAN FRANCISCO, 5,

1884.

1.316882

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO



00241388

EL PAUPERISMO.



EL PAPERISMO

3928

CONFERENCIA

PRONUNCIADA EN LA

SOCIEDAD ECONÓMICA DE SANTIAGO

el día 29 de Febrero de 1884

POR

DON ANTONIO TOLEDO QUINTELA,

Catedrático Auxiliar, por oposición, de la Facultad de Derecho.



SANTIAGO:

Estab. Tip. de la Gaceta, Felipe de la Torre y C.^ª

SAN FRANCISCO, 5.

1884.

1888

CONFÉRENCIA

DE ACADEMIAS

DE SANTIAGO

DE 1888

DE SANTIAGO

DE SANTIAGO

SANTIAGO

DE SANTIAGO

1888

JLLMO. SEÑOR:

SEÑORES:



No era mi intención cumplir tan pronto un compromiso, há tiempo contraído con nuestro dignísimo Director; mas, una circunstancia imprevista me obliga á sustituir al activo y elocuente consocio encargado hoy de ocupar este sitio, enaltecido ya por la autorizada palabra de colegas nuestros distinguidísimos. En tal angustia y palpitante aún el recuerdo de la última conferencia, en lá cual dió gallarda prueba de saber profundo y de sus escepcionales condiciones para la enseñanza, el esclarecido y más antiguo socio Exemo. Sr. D. Antonio Casares, confío el éxito de mi pobrísimó trabajo sólo á vuestra generosidad, más amplia y espléndida, cuando con inméritos títulos sinceramente se la invoca.

El fin de esta sociedad, los objetos de su perspicua atención y diligente examen, y otras consideraciones de carácter personal me han llevado á buscar en la Economía política el tema de mi conferencia. Á ese conocimiento, comprendido ya en la vasta

síntesis de las ciencias morales y políticas prevista por el malogrado Carey, y cuyas verdades admiten, según la teoría de Cournot y Thünen, el severo y riguroso ropage de las Matemáticas: á esa rama del saber sustraída, en esta época, al cosmopolitismo de Smith y Ricardo, á las seductoras, però imaginarias armonías de Bastiat, y victoriosa del individualismo de Herbert-Spencer, no menos que de los socialismos de la catedra ó del pueblo: á la ciencia, en fin, que acepta como punto de vista fundamental la teoría de Listz, para crear la Economía nacional enlazada á todos los intereses de la patria; que sigue atenta á Le-Play, para sorprender en el análisis y la inducción la verdad de las leyes providenciales que rigen el orden material, y que se eleva á las supremas concepciones del espíritu, para perseguir y alcanzar la alianza de la caridad y el trabajo, habremos de preguntar:

COMO EL HOMBRE, Á PESAR DE HABER DOMINADO MÚLTIPLES INFLUENCIAS NATURALES, SÓLO PUDO HALLAR PALIATIVOS PARA ATENUAR, MAS NO REMEDIO PARA EXTINGUIR, LA TRISTE PLAGA DEL PAUPERISMO.

La desigualdad es constante ley de lo creado, y á ella está necesariamente sometida la relación económica, cuyos términos, á mi parecer, son las necesidades materiales y los medios de satisfacerlas.

Al lado de la virtud que prepara y también contiene en justos límites el ahorro, aparecen la disipación y la avaricia, que convierten en estériles los más poderosos elementos de producción, ó vulneran los más sagrados principios de la moral y del derecho, produciendo el desequilibrio en las relaciones económicas, efecto de la providencial solidaridad, que realmente existe entre los órdenes moral y material: al lado de la propiedad individual y de la herencia, que aseguran las ganancias obtenidas, sientense las vacilaciones y diferencias que ocasiona el régimen de libertad, que entrega las contingencias de lo porvenir á la personal responsa-

bilidad del productor; al lado del trabajo activo y enérgico inspirado en el cumplimiento del deber, destácanse la pasión que oscurece la inteligencia, el placer que enerva la actividad, y el abatimiento que es necesario resultado del abuso de las humanas facultades: fuerzas contrarias que deben producir las más hondas diferencias. Además, aun prescindiendo del olvido del último fin, que es la única norma del orden creado; de los abusos de la propiedad, frecuentes por condición de naturaleza en toda institución robusta; de la contagiosa perversión del lujo y de la inmoralidad de ciertas clases, explican la existencia de la ley de desigualdad, el progreso económico que acumula los capitales, las nuevas utilidades atribuidas á la materia, el crédito que agita sin cesar la circulación, y la alianza del capital con el trabajo, que es el más poderoso agente de la producción. La Moral, lo que hoy se llama Sociología y la Economía política comprueban la existencia de esta ley de desigualdad, que pesa sobre los destinos humanos, y crea asperezas que no suavizarán jamás los igualitarios ni los socialistas: ley, que así aparece en el hábil trabajo de la raza pelásgica como en el degradado esclavo de los tiempos de Filipo ó Alejandro: ley, que inmortalizó la Roma de Cincinato y Régulo, como hizo pesar todas las maldiciones de la historia sobre el imperio de los Césares, empobrecido y decadente, á pesar de la explotación de los pueblos orientales, de las expediciones al África, de la conquista de Cartago y de los robos de las provincias sometidas á la ciudad señora del mundo: ley, por último, imposible de derogar, mientras no se imagine un estado, en que todos sean igualmente inteligentes, hábiles y previsores. Es muy cierto, que la organización social modifica la ley de desigualdad, y aun, como sucede en ciertas regiones del Oriente y de Rusia, según los muy respetables testimonios de Le-Play y Doile, es imposible, que despliegue su funesta influencia el feroz espectro del pauperismo; mas ¿será acaso fácil cambiar el modo de ser de nuestras sociedades, tornando á la antigua esclavitud, y

comprar por el sagrado precio de la libertad, un mísero pedazo de pan, que sólo alcanza á satisfacer muy contadas necesidades? ¿hay alguna esperanza de que resucite, entre tantas aspiraciones encontradas, la fortísima asociación de los siglos medioevales, que enseña y protege al obrero joven (1), nutre la naciente industria, santifica el trabajo (2), ayuda al pobre y establece la mutualidad real, viviente, que abraza al hombre en todos sus intereses, mutualidad concebida y practicada por el sentido cristiano (3)?

La ley de desigualdad ha existido siempre, y para borrarla sería necesario cambiar las condiciones del mundo físico y de nuestra naturaleza: que éste es error fundamental del comunismo, desde Platón hasta las contemporáneas escuelas socialistas.

La pobreza es una prueba impuesta á todo hombre condenado á comer el pan con el sudor de su rostro (4): los ricos forman una minoría imperceptible en medio de las muchedumbres que soportan, no ya la pobreza, sinó la más horripilante miseria. No puedo resistir al deseo de citar un pasage muy notable, explicando la misión providencial de la pobreza: «Esta es buena para el que la socorre: mejor para el que la sufre: es la que alimenta los caracteres valerosos y defiende las grandes virtudes: la que establece entre el hombre y el hombre, entre el hombre y el cielo un constante cambio de servicios, de caridad, de sumisión, de esperanza, que es el lazo poderoso de la familia humana y el único consuelo del alma en sus inenarrables dolores, de

(1) Le-Play: Ouvriers europcens: monogr. XI.

(2) Levasseur: Histoire des clases ouvreires.

(3) Laurent: Le pauperisme et les Asociations de provoyance, y Perin en su obra Richesse dans les societes chrestiennes.

(4) El Sr Cánovas del Castillo, en un memorable y profundo discurso leído allá por los años 1872 ó 1873 en la apertura del Atenco, afirmó que los conocidos textos sagrados del Genesis y del Evangelio: *comerás el pan con el sudor de tu rostro y busca primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura*, resumían el verdadero criterio económico.

los cuales son los menores y los más ligeramente olvidados los de la miseria y el hambre (1)». La humanidad es pobre voluntaria ó forzosamente: la abnegación, el desprendimiento, la caridad heroica y el desprecio de los propios bienes constituyen la pobreza voluntaria, la cual es uno de los más fecundos principios de la doctrina revelada, para conseguir el legítimo progreso de la sociedad: la pobreza forzosa aparece en nuestras más populosas ciudades, escóndese avergonzada en el hogar de nuestras clases medias, pulsa muchas veces á las puertas de los palacios, y hoy, como en los pasados siglos, así derriba orgullosos blasones, como penetra insidiosa sembrando el desconsuelo y el llanto en la humilde vivienda, si la caridad no mitiga sus penas ó enjuga sus lagrimas. Esta es la verdad desnuda, que aparece á la vista de quién quiera observarla, constituyendo manifiesta prueba de un orden providencial, que impone la pobreza como ley general de expiación, y permite al mismo tiempo el desarrollo de la riqueza, así para dominar las tendencias del mundo físico, como para establecer entre el poderoso y el indigente sólidos vínculos sociales, generosas corrientes de caridad, sustituidas por el socialismo con el férreo yugo de la acción del Estado ó con los bárbaros atropellos de los anarquistas.

Por lo expuesto aparece, que la pobreza es ley de la humanidad; mas, Señores, la pobreza no es la miseria, no es la pérdida de la dignidad, no es la degradación moral y material del hombre, no es en una palabra el pauperismo, vicio social de nuestra época, que se explica mejor que se define (2). Priva la pobreza de muchos bienes materiales é impone penosos sufrimientos; mas no quita á las sociedades la energía moral, ni sume en la miseria á

(1) Luis Veuillot: *Petite philosophie* pág. 206.

(2) Laudables son los esfuerzos de Madrazo, Colmeiro, Bec, Courcelle Seneuil y Cherbulez, cit. dos por mi dignísimo y querido maestro señor Salvá, para acertar con una exacta definición del pauperismo; mas, ya que aspiración tan legítima no se ha conseguido, parece menos oscuro usar de la descripción, según lo hicieron autoridades tan dignas de ser imitadas como Ferin y Cáuwes.

clases enteras, ni destruye toda relación social y religiosa. Pobres fueron las sociedades de los siglos medios; mas, esta pobreza era toda material y no derivaba del quebrantamiento del orden moral: sus males, dice Montalembert, eran todos físicos y materiales..... mas el alma, el corazón, la conciencia estaban sanos, puros, libres de este interior malestar que los corroe en nuestros días. Montesquieu (1) previó ya la diferencia entre el pauperismo y la pobreza, al reconocer que esta podía ser patrimonio de la libertad y móvil de grandes acciones en los pueblos que no conocían las comodidades de la vida. Pobres son los mendigos de Italia, del Mediodía de Francia y España, mas no ofrecen, según el estudio hecho por Montegut en la *Revue des Deux-Mondes*, ese aspecto horroroso é indecente de los pobres ingleses, profundamente miserables, porque á su espíritu faltan ideales y á su corazón consuelos.

Es el pauperismo malestar moral, que así daña lo que en el hombre es absoluto y permanente, como lo que aparece relativo y variable en sus diversas afecciones (2): es como interior mal, que afecta á los órganos esenciales de la producción y denota la ausencia de energía económica: es la miseria aceptada, permanente, trasmitiéndose de generación en generación por los que han perdido el sentimiento de la previsión y la dignidad, y abandonaron la enseñanza de sus hijos, cuya triste herencia se cifra en la privación de las cosas más necesarias para la vida física, empobrecida de fuerzas y rica en enfermedades, que prostituyen las razas: es en fin, la *epidemia de la miseria*, que obra por el contagio del ejemplo (3).

Expuesto lo que el pauperismo es, paréceme necesario indicar ahora, como son apreciados por la Ciencia económica los datos recogidos, ya que no es unánime la opinión acerca de la

(1) *Espíritu de las leyes* libro XX. cap. 3.°

(2) Perin op. cit. libro V cap. VI.

(3) Cauwes: *Precis du Cours de Economie politique*. Tomo 2.° pág. 318.

gravidad del estado de miseria en los actuales tiempos. Los trabajos de Villermé, Blanqui, Modeste, Audiganne y Dufau, comisionados, algunos de ellos, por la Academia de Ciencias Morales de París, para observar el estado del pauperismo, acusan multitud de vicios, enfermedades y angustias, que acompañan á la industria francesa, sobre todo en las ciudades populosas; y aunque se consiguió desde 1815, borrar la honda huella que dejaron las disensiones religiosas, las guerras provocadas por Luis XIV y la centralización administrativa, que ahogó toda generosa iniciativa y sumió á muchas provincias en gran miseria, no se ha logrado más que mejorar sólo el orden material, y ésto, ni en todas las clases ni en todos los productos, pues la carestía de los alimenticios es progresiva, según las investigaciones de Passy (1). Respecto á Inglaterra podría escribirse un libro, para reflejar, aún así quizá en imperfecto modo, el estado de las clases pobres, cuya miseria, según el ingenioso dicho de Pashley, se agranda con la grandeza de la nación. Desde Loke que hallaba la causa de la miseria en la relajación de la disciplina y la corrupción de las costumbres, hasta el primer magistrado del condado de Lanark que, ante la cámara de los Comunes, afirmó que más de una tercera parte de la ciudad de Glasgow excedía en paganismo á los Hotentotes de África, convienen todos en el profundo malestar que en el Reino Unido se siente, á pesar de su excelente situación geográfica, de su febril actividad y de su constitución política, más propicia á las auras de la libertad, que todas las del Continente europeo. Los testimonios de Mac-Culloch, Kay, Pashley, Johnston y Alison, que podría fácilmente reproducir, así como los datos recogidos por la prensa, demuestran el mismo estado de las clases pobres en Inglaterra y autorizan á una publicación tan respetable como la Revista de Edimburgo, para afirmar, que la barbarie de

(1) Journal des Economistes: 1.ª serie: t. XXXIV pág. 340.

los pueblos civilizados es más profunda que la de los pueblos primitivos.

Si es, Señores, tan negra la realidad de las cosas ¿como se explica, que un economista tan ingenioso é ilustre como Leroy-Beaulieu, apoyado en datos estadísticos, al parecer cuidadosamente recogidos, asevere que el verdadero pauperismo ha decrecido considerablemente? ¿no demuestran las últimas indagaciones estadísticas, que la miseria disminuye y que los salarios en Inglaterra son superiores á los que el trabajo obtiene en toda Europa?

Grave parece la objeción, y no ha de ser sin embargo difícil contestarla. Es la Estadística utilísima ciencia, cuyo concurso invocan sin excepción todos los conocimientos humanos; mas, fuerza es reconocer, que, á pesar de muy laudables esfuerzos y de asiduos trabajos terminados por Mayr y Bloch, y de las reglas en los Congresos dictadas, son muy deficientes é incompletas sus noticias. Además es la miseria condición relativa, que depende de la moralidad y costumbres de la sociedad más que de sus recursos materiales, no pudiendo por lo tanto someterse á exactas cifras, lo que de tan varias eventualidades depende: así las positivas privaciones de un pueblo civilizado apenas serán estimadas en sociedades primitivas, cuya pobreza las predispone á acrecentar su energía. En tan contrarias circunstancias ¿cabe someter á leyes fundamentales y rigurosas las combinaciones indefinidas, que pueden aparecer, y las variantes que la libertad habrá de producir, especialmente cuando no es dable observar las más elementales reglas de la indagación estadística? Que nuestras dudas y sospechas se justifiquen sin extraordinario esfuerzo, pruébalo el recelo con que Cauwes, uno de los más egregios economistas de esta época, observa las estadísticas de Inglaterra, atribuyendo el favorable resultado que arrojan, no tanto á un verdadero decrecimiento del pauperismo, como al sistema restrictivo de asistencia en aquella nación seguido. Hoy que tanto predomina el método inductivo en las ciencias sociales, es una inconsecuen-

cia acariciar plácidas ilusiones, mientras no se estudie la vida del obrero, en medio de la hedionda atmósfera del taller, al lado de las necesidades no satisfechas de las familias pobres, en el mundo de la realidad, como la estudió Le-Play, haciendo lo que los médicos llamarían verdadera y minuciosa historia clínica, en la cual, como en exacto proceso, constan todos los pormenores relativos á cada caso especial. ¡Qué diferencia, Señores, entre las sucintas noticias de los autores de Estadística, y aún del mismo Leroy-Beaulie, y el acabado y triste cuadro, las minuciosas horripilantes biografías de Le-Play, á cuyos trabajos tanto deben las modernas naciones de Europa! (1)

Diráse también, que es incomprensible contradicción, vencer las adversas influencias del medio físico en que vivimos, y no acertar con eficaz remedio para dominar los males del pauperismo.

Son evidentes, Señores, los triunfos del agente racional sobre las influencias de la naturaleza, especialmente después de los trabajos de Humboldt, de Ritter y de Reclus, que justifican la ley llamada de reacción progresiva sobre el medio físico; mas, tal progreso no ha alcanzado hasta ahora la solución del tema que es objeto de nuestra investigación. Es ciertamente un contraste muy digno de ser notado: de una parte el inmenso poder desplegado por el hombre sobre la naturaleza, y de otra la impotencia, ya que no absoluta imposibilidad, en que se halla, de resolver el problema, más moral que económico del pauperismo. Bien merece que en ello paremos algunos instantes nuestra atención.

El hombre ha luchado con la naturaleza, saneó las inmensas

(1) Sólo el erudito Sr. Marqués de Pidal, tan versado en las Ciencias sociales, ha dado á conocer en España, la biografía y notables trabajos de Le-Play varias veces llamado por Napoleón 3.º á los consejos del imperio derribado en Sedan. Después de impresa esta referencia en la «Revista de la Sociedad Económica» he leído también en la *Revue des questions scientifiques* de Bélgica un notable trabajo acerca de la Antropología y la Ciencia social, citándose con merecidos elogios las erucitas disquisiciones de Le-Play.

lagunas del Nuevo Mundo, extendió las llanuras de la Germania invadiendo al mar sus dominios, remedió las sequias valiéndose de los canales de riego, modificó por medio del arbolado las condiciones climatológicas, y en su colosal poder dió á la meteorología medios para conjurar los siniestros y determinar el curso de las borrascas, y proporcionó á la agricultura recursos para evitar las inundaciones, haciendo permeable el suelo, ó para aumentar el colosal poder de la tierra, por el empleo de los abonos químicos. El hombre reemplazó la flora natural por una flora exótica, aclimató en nuevos parages las especies animales, reguló á su capricho el nivel y la dirección en las vías férreas, perforó el Mont-Cenis y el Mont-Blanc, unió á Nueva York con S. Francisco de California, y se apercibe á enlazar la China con la Europa Occidental y recorrer á través del Sahara desde la Argelia al Sudán. El hombre dominó las corrientes marítimas aprovechando para la navegación sus poderosas fuerzas, apropió el aire y agua comprimidos como irremplazables agentes de transmisión, ha preparado inmenso porvenir á las industrias con la invención del cable telegráfico, que trasmite á largas distancias las fuerzas perdidas en el flujo y reflujo del mar, y para emplearla el día en que se agoten las riquezas carboníferas en Inglaterra—lo cual ocurrirá según Stanley Jevons dentro de un siglo, y según otros aún más tarde—inventó ya la máquina solar, que utilizará los rayos del sol, como fuerza motriz la más fecunda é inagotable, no sólo llamada á producir una pasmosa revolución industrial, sinó también quizá á dirigir nuevamente hacia los pueblos orientales los beneficios de la civilización (1).

No obstante estos colosales progresos—que no sé, si honran ó acusan á la humanidad por su lentitud en obtenerlos—es ne-

(1) Mr. Muchot es el inventor de esta máquina y se ha calculado, que sobre una milla cuadrada, el calor del sol será bastante para producir una fuerza propia de 64.800 máquinas de 400 caballos de vapor cada una.

cesario confesar, que no se ha conseguido la extinción del pauperismo. Sabeis por qué, Señores?

En mi opinión, la más humilde, porque no se ha estudiado el conjunto de causas que producen este malestar; y enredados los economistas en inútiles pormenores, ó ayunos de más altos principios, no han intentado por punto general combatir los gérmenes del mal, que muchas naciones lamentan sin esperanza, á lo menos, por ahora, de eficaz remedio. Y si alguna voz amiga advirtió el peligro, muy pocos se han cuidado de salvarlo, quizá con buena intención, al desplegarse ante su vista las esplendorosas conquistas de la actual cultura

Múltiples son las causas del pauperismo, y no reparo en calificar de vano intento pensar en destruirlo, mientras no conspiramos todos, por unánime esfuerzo, á extirpar aquellas. En el estado general de la sociedad, en las condiciones de la industria contemporánea, en las cualidades personales de los obreros y en ese cortejo de desgraciados accidentes, que se asocian á la vida del hombre, se hallan sin duda las causas del pauperismo (1).

Es imposible negar, que nuestro estado social es menos próspero y feliz de lo que generalmente se afirma. Están nuestras clases sociales desunidas, merced á las francas ó insidiosas teorías del socialismo: abundan los trastornos políticos; hállanse viciadas muchas instituciones; concéntranse excesivamente las fortunas; aislase la población de las campiñas para entregarse á los rigores de la industria fabril; son inestables la producción y el comercio internacional (2); repítense periódicamente las crisis

(1) Paréceme esta clasificación tomada de Perin, superior á las de Cherbuliez y Cauwes, por su claridad y por el orden lógico con que examina las influencias que, desde las más generales á las más particulares, explican la existencia y estado actual del pauperismo.

(2) Débese esta inestabilidad en gran parte á las exageradas reformas defendidas y realizadas por los partidarios del libre cambio. Esta teoría, á lo menos en el sentido radical en que la defienden Bastiat y la mayor parte de nuestros economistas, no es aceptada por los autores más modernos; el mismo Stuart Mill, en cuya obra hicieron no pequeño acopio algunos es-

generales, y con frecuencia las locales; declinan las fuerzas físicas y morales ante la invasión más acentuada del materialismo (1); decae el espíritu de asociación ante las exageraciones de un individualismo (2) egoísta; inténtase reducir el gobierno á una especie de nihilismo, indiferente á todos los abusos: y por último la privación de la libertad política (3), los errores financieros y la ausencia de virtudes hacen decrecer la producción, interrumpen las leyes de la circulación, atentan alguna vez á la justicia distributiva en el reparto de las utilidades onerosas (4)

critores nacionales, defiende el libre cambio de transacción, cuyas consecuencias son bien opuestas á las sustentadas por el insigne autor de Las Harmonías económicas. Tengo para mí, y en este estudio deseo ocuparme, que la protección racional—no el sistema prohibitivo—derivada de la profunda teoría de Listz acerca de las nacionalidades, favorece al comercio interior y á la distribución del capital y el trabajo, y contribuye al legítimo desarrollo de las industrias y al sostenimiento de la independencia nacional.

(1) La influencia de las teorías materialistas en la escuela inglesa es notoria: bastarían para probarlo la noción que dió de la ciencia económica y de la riqueza, y la famosa teoría de la población, á lo menos en el sentido, en que la defendieron los discípulos de Malthus. Más funesto es aún el empeño de los que pretenden materializar los órdenes político y económico, llamando á la producción sistema nutritivo, á las vías de comunicación aparato circulatorio, á las instituciones de gobierno sistema neuro-motor, á los cuerpos colegisladores sistema cerebro espinal, al comercio el gran simpático, á las instituciones de crédito aparato vaso-motor; y otros muchos errores del naturalismo disfrazado bajo el pomposo nombre de Biología social.

(2) No aludo sólo á la pasión individualista, sino al sistema que la legitima, formulado por Herbet-Spencer y que se condensa en las siguientes leyes, que llama de la iniciativa privada: 1.º la fuerza creadora del organismo social, ya se refiera al comercio, ya á la administración, ya á otra cosa, es siempre una suma de descos individuales: 2.º es ley general, que las sociedades, así como los particulares, den satisfacción á los deseos que corresponden á las funciones más esenciales: el orden de estas se halla determinado por la importancia relativa de las necesidades: y por lo tanto las públicas, hasta que estén espontáneamente atendidas, deben quedar sin satisfacción: 3.º la cooperación espontánea de fuerzas individuales, inspirada tanto por la simpatía natural del hombre por su semejante, como por el interés personal, produce todas las instituciones convenientes para el cumplimiento de las funciones necesarias á la sociedad.

(3) Perin. op. cit. tom. 2.º pag. 137. Este pensador católico dice, que los abusos económicos *son frecuentes en las sociedades en que reinan el absolutismo y la centralización.*

(4) Uso esta palabra en vez de la de valor que suelen emplear la mayor parte de los economistas. Es necesario fundar la noción de riqueza en la de

y privan al consumo del auxilio de la Moral, única norma segura de esta importante función económica. Cuanto influye en el orden material esta atmósfera deleterea, que por variados procedimientos perturba las leyes de la riqueza, no hay para que demostrarlo.

El mal es hondo y grave: su remedio no debe esperarse de las leyes sinó de las costumbres y de la reforma social en sentido cristiano. Que las aristocracias del talento, de la sangre ó del dinero no se opongan á legítimas aspiraciones y no humillen, sinó que eleven y protejan á las clases populares: que las públicas instituciones busquen su natural apoyo, para no bambolear al leve soplo de las democracias turbulentas, más dispuestas á destruir que á edificar (1); que renazca el amor á la vida del campo, estímulo de las más altas contemplaciones, y que la industria fabril viva, no agrupada, sinó extendida á las campiñas (2) observando los preceptos de la moral y de la higiene: que los Gobiernos no lastimen legítimos derechos y supla, auxilie, dirija y reglamente el Estado la actividad económica, mientras no es robusta para acercarse al ideal de libertad: y por último, que todos cuantos se sienten llamados á influir en los destinos de la sociedad, enseñen á las clases obreras estas verdades, que pueden llamarse axiomas económicos: que la riqueza es solo medio—y no

utilidad onerosa, descartando la idea de valor. Sólo así puede hallarse fundamento económico para la propiedad y no incurrir en las incertidumbres de algunos economistas ingleses, italianos y españoles.

(1) *La democracia nada puede edificar, porque es una reacción puramente negativa contra lo que había antes que ella, es decir contra la tradición, la ciencia, la herencia, la familia, la disciplina y las jerarquías sociales, contra la riqueza y contra la autoridad.....* Los Estados Unidos, á pesar de que nada han tenido que destruir y aprovecharon las brillantes cualidades de la raza anglo-sajona, se hallan en el caso de todas las asociaciones mercantiles, cuyos provechos reales no son conocidos hasta el día de la liquidación. Mr. Adrien Arcelin. *L' Anthropologie et La ciencia sociales*.—Último artículo de la brillante serie publicada en *La Revue des questions scientifiques*, publiqué par la société scientifique de Bruselas.

(2) Muchos ejemplos cita Faucher en Inglaterra, y Audiganne refiere también que en la Alsacia existe un establecimiento planteado en estas ventajosas condiciones.

principal—para el fin social, que el interés personal no es opuesto al de la comunidad, que el trabajo sin la abnegación carece de energía, que el capital se forma por la renuncia de los gozes presentes, que la propiedad y la libertad son imposibles sin el respeto más profundo á la moral, que la vida interior de las industrias sólo está sostenida por el cumplimiento del deber, que el crédito se desarrolla fundado en la honradez y que el consumo normal, ora cuando vence los excesos del lujo y de la disipación, ora manteniendo el equilibrio en la satisfacción de las necesidades públicas es consecuencia de la Moral, mejor que de la Economía. En esta obra de progreso social podemos influir todos, grandes y pequeños, llevando cada uno su contingente de esfuerzos, de consejos, de enseñanza ó de riqueza: que en el orden económico, como en la inmensa fábrica de la creación son tan necesarias la industriosa hormiga, singularísimo ejemplar de orden y ahorro, como el noble animal sobre cuya espalda levantaba Julio Cesar fortísimas torres de defensa ó llevaban sus castillos los reyes de Malacca contra nuestros vecinos los portugueses.

Decía, Señores, que las condiciones en que se ejerce actualmente la industria influyen también en el aumento del pauperismo. Exige nuestro adelantamiento industrial, que el obrero se aisle de la familia y se entregue á la vida del taller en donde es más fuerte el contagio del mal y menos enérgica la acción de la caridad: por esta razón aquella industria popular, tan recomendada por Campomanes, sólo aparece con dificultad en lo más escondido de nuestros campos, mientras se observa que el hijo vive separado del padre, la mujer del marido, y que los antiguos lazos de familia, sinó rotos, se hallan flojos y relajados. A tan grave mal contribuyen también la excesiva división del trabajo y la sustitución del taller doméstico por la manufactura, especie de pagano pantcón, en donde tienen su altar todos los intereses, menos el que importa al ser racional. Además, el progreso

económico pide el concurso de todos, pues no bastan á realizarlo esfuerzos individuales: de ahí la acumulación de los trabajadores en los grandes talleres, la aglomeración de las familias en los centros fabriles, la duración excesiva del trabajo, el empleo de las mujeres y los niños en las fábricas, y toda esa cadena de males físicos y morales que devoran la existencia de los obreros, y que León Faucher condensó en estas palabras: «la destrucción de la familia, la esclavitud, la pérdida de fuerzas y la desmoralización en los niños, la embriaguez en los hombres, la prostitución en las mujeres, la decadencia universal de la moralidad y de la vida.» (1)

Tan graves sufrimientos sólo pueden romediarse, sin dañar al principio de libertad por medio del cumplimiento de la ley moral, cuya expresión más completa y práctica es el patronazgo de los empresarios y jefes de talleres.

Es necesaria una revolución industrial, que dé á la agricultura su natural importancia, y desarrolle la industria popular, moralizando además los agentes de que se vale la industria fabril; y esto solo alcanzarán á conseguirlo la protección de los propietarios de tierra, la asidua y constante vigilancia de los empresarios de industria y jefes de taller, y la intervención legítima del Estado, tan distante de las abstenciones individualistas como de la constante intervención socialista.

En los países agrícolas á donde no ha llegado aún el absentismo con sus destructoras consecuencias, cabe dar alientos á la agricultura é industrias accesorias, bajo la protección de los propietarios, cuyos rendimientos y bienestar serían mayores, si en vez de disipar en los grandes centros sus fortunas, dirigiesen á los colonos, les enseñasen nuevos procedimientos, é hiciesen patentes las inagotables riquezas que el capital y el trabajo pueden extraer de la madre tierra. Cesarían así también esas

(1) Etudes sur l' Angleterre t. 1 pag. 381.

desentonadas lamentaciones, que exhalan todos los labios contra la emigración y ahogarian el natural deseo que en los agricultores se desarrolla, de buscar en las ciudades una riqueza que en ellas encuentran, y no siempre, á costa de onerosos sacrificios y violentas apostasías.

Posible es también ejercer benéfica tutela en los centros fabriles, sin empecer las legítimas manifestaciones de la libertad. Que el Estado prevenga y reprima el mal, que los jefes de industria cumplan los preceptos morales, sustituyendo á la avidez febril de la riqueza, la vigilancia, el ejemplo y la caridad, que los obreros influidos por el espíritu religioso obedezcan de buena voluntad los preceptos de sus amos; y con sólo esto resolveráse el problema del pauperismo en lo que se refiere á las condiciones industriales. Buena prueba de ello la tenemos en los repetidos y laudables ejemplos estudiados por Le Play en los más importantes centros industriales, en donde se vislumbra ya una saludable reforma moral, única tabla de salvación en los conflictos presentes.

Mas tenaces y permanentes que las anteriores son las causas personales de la miseria. El desorden y la imprevisión en Wolverhampton y Willenhal, la disipación y el vicio en la industriosa Lieja, las pérdidas y los gastos, que el supérfluo adorno y los espectáculos causan en las naciones del Mediodía, como la embriaguez en las del Norte; la falta de instrucción ó la mala dirección de esta (1), defectos ambos muy generales en toda Europa, constituyen las causas personales de la miseria de los obreros. Dificil es devolver á las clases trabajadoras las virtudes perdidas y penosa la tarea de hacerles recobrar la inteligencia, el amor al trabajo, la previsión y la economía; mas, no debe considerarse como labor imposible, si á tan hermoso fin cooperan todas las

(1) Mr. Naville pastor protestante de Génova dice: *que una instrucción mal entendida, no sólo no puede servir más que imperfectamente al bienestar material de los pueblos, sino que debe contribuir á aumentar la miseria.* Perin t. 2 pag. 236.

fuerzas sociales. La influencia de la Religión, el ejemplo de las altas clases que han de retornar á sus antiguos lares á menos que prefieran su ruina, las enseñanzas de la ciencia económica frecuentemente desconocida, y el espíritu de asociación (1) serán los más poderosos medios de combatir los funestos efectos de la miseria. Con estas fuerzas á su favor desplegadas, han conseguido vivir tranquilos y sin sufrir los rigores del pauperismo los obreros del cantón de Zurich y del Norte de Bélgica, los hiladores de Lille y los antiguos trabajadores de Lyon; mientras que de ellos olvidados y disfrutando de más crecido salario, los obreros de Manchester sólo resisten el trabajo merced á la excitación del alcoholismo, y se hallan tan débiles los niños de Glasgow en Escocia, que necesitan pasar en cama el domingo para volver el lunes á los talleres, y tan pobres las madres, que se refiere, que substituyen en alguna ocasión la alimentación láctea con preparados opiales, que producen el sopor y las libra del penoso cuidado de atender á sus hijos, mientras puntualmente acuden á las fábricas. Males son estos no ciertamente irremediables, si la sociedad ha de realizar su fin, mas difíciles de superar y vencer, como lo demuestran los esfuerzos tan valientes como infructuosos, por lo ménos en general, realizados desde Aithiv y Perceval en la pasada centuria hasta Roberto Peel y Joubert en la presente.

Otras causas independientes hasta cierto límite de la voluntad humana sostienen el pauperismo: las epidemias, las inundaciones, la esterilidad de la tierra, la prematura muerte de los jefes de familia, las enfermedades y la decrepitud. No me detendré en examinar la razón de estas expiaciones, justificadas únicamente cuando se admite un punto fijo de partida para la ley del pro-

(1) Para estudiar las ventajas de ciertas asociaciones industriales merece singularísima mención el Informe sobre el crédito agrícola, publicado por esta Sociedad y redactado por mi respetable amigo y galano escritor Sr. Díaz de Rábago. No creo exagerado calificarle del libro más completo, más profundo, más nuevo y más útil, que se publicó en España en materias económicas, desde algunos años atrás.

greso (1); mas sí Labré de reconocer, que ciertas calamidades muchas veces provocadas por el vicio ó por el olvido de los preceptos higiénicos (2) sólo podrán ser reparadas por el ejercicio de la caridad.

Réstame, Señores, para terminar esta conferencia ocuparme en el examen de los medios propuestos por los economistas, además de los que dejo singularmente indicados, para conseguir la extinción del pauperismo. Pueden reducirse á tres que calificaré de asistencia forzosa, asistencia privada y asistencia pública.

Derivan algunos la primera del derecho á la asistencia ideado por los socialistas, que no reparan en las graves consecuencias que entraña el afirmar, que el hombre tiene facultad para vivir á expensas del trabajo de otro; fué proclamada también por Foster bajo la forma de seguros obligatorios tan generales en Alemania y Suiza; y defendióla Thiers, como deber que al Estado incumbe, de socorrer al indigente, teoría sostenida también por Mac-Culloch y Barton, fundandola el primero en la necesidad de garantir el orden y sostener los obreros de las ciudades en que el trabajo disminuye; y el segundo en la conveniencia que al obrero resulta, de prevenir por medio de la tasa legal, los inconvenientes de la baja de los salarios. Antes de que la ciencia económica emitiese su juicio en este grave negocio, algunas naciones establecieron las leyes de pobres, existentes hoy en Inglaterra, como país modelo de esta clase de disposiciones, en Francia, Alemania—excepción de Baviera—Suecia y Dinamarca, y no exentas de cierto

(1) P. Felix: Conferencias sobre El Progreso.

(2) El conde de Maistre en las profundísimas Veladas de San Petersburgo afirma que muchas de las enfermedades que afligen á la humanidad son efecto de la corrupción reinante. Esto mismo confirman los más acreditados médicos, entre ellos nuestro respetable Censor, Sr. D. Vicente Martínez de la Riva, el cual en un erudito discurso leído en la inauguración del curso académico de 1869 á 1870 dice, que la higiene después de haber guiado al hombre al término de la vida dichoso y sin enfermedades, le acompaña al sepulcro por grados insensibles procurándole así una ventaja que sólo los médicos pueden apreciar...

sabor socialista, como lo demostraron en elocuentísimos discursos los oradores que intervinieron en la discusión del proyecto de Constitución de Francia en el año 1848.

Resultado de la asistencia legal es la languidez y decaimiento de la industria, la cual confiada en las fuerzas del Estado y moviéndose sin esperanzas ni recelos terminará por aniquilarse. A este fin recuerda Mac-Culloch aquel memorable pasaje de Tácito, cuya justicia y verdad dice Cauwes que no puede menos de reconocerse con este motivo: *Languidescet industria, intendetur socordia, si nullus ex se metus aut spes: et securi omnes aliena subsidia expectabunt, sibi ignari, nobis graves.* Además la asistencia legal no aparece con los esplendores de la caridad, ni alienta al cumplimiento del deber, ni ejerce influencia moral—que suele esta ser de más subido valor que la limosna material—ni crea vínculos de respeto y simpatía entre el protector y el protegido, ni prepara esas relaciones y mútuas dependencias en que ha de fundarse la armonía entre las clases sociales: al contrario, es para la Nación el pago de una deuda onerosísima por ser indefinida, para el pobre un derecho que imperiosamente reclama, y para el rico un deber, que sólo imponen la conciencia y la Religión, pero que no hay títulos para exigir en el fuero externo. Esto confirma el detenido estudio de las leyes de pobres, cuya reforma frecuentemente se pide por los tratadistas, harto sorprendidos de los inconvenientes que este servicio origina, así por las condiciones de los empleados públicos y los cuantiosos recursos que exige, como por la competencia que al trabajo libre oponen los pobres válidos auxiliados por el Estado.

No se hallan en el mismo caso por fortuna la asistencia privada y la pública. La primera, si es discreta y moral, pues frecuentemente no reúne tan esenciales condiciones, establece cordial intimidad con los indigentes, entérase de los motivos de su pobreza, préstales consuelos ó los reprende, acude al mismo domicilio y reparte sus beneficios entre las bendiciones del socorrido y

su familia, los separa del vicio y frecuentemente hace la felicidad de las familias desgraciadas. La asistencia pública ejercida por los particulares combina estas ventajas con las que presta la asociación como fuerza regular y poderosa, y á ella deben innumerables beneficios los pueblos desde la Edad Media hasta nuestros días.

Al Estado incumbe también, no como deber correlativo al derecho de los indigentes, según pretenden los socialistas, sino como especial servicio en cuyo cumplimiento se interesa la sociedad, el ejercicio de la beneficencia. Merced á las garantías que ofrece, puede servir especialmente para el reparto y transmisión de las donaciones voluntarias que de los particulares recibe, como sucede en Francia; y como institución llamada á suplir la deficiencia de la acción individual debe prestar aquellos servicios, que por algún motivo no puede organizar la caridad privada, como los hospitales, hospicios, asistencia médica en las aldeas y otros. Por motivos de policía y por el deber que el Estado tiene de atender á todo cuanto se relacione con el fin social, es necesario que funde asilos, reglamente las prisiones, atienda á los niños por sus desnaturalizados padres abandonados y preste todos los servicios de la beneficencia. En todo esto entiendo, que nada peca de socialismo, ni daña á respetables y santas instituciones, que en épocas más florecientes hicieron lo que el Estado descuidó y aun hoy mismo prestan inmensos favores al pobre, porque se mueven á impulso de altísimos deberes que no calcula la ciencia ni recompensa el salario.

Admirable es el cuadro que ofrece el concurso de la asistencia pública y caridad privada, conspirando ambas á sorprender la miseria y aliviarla por los más ingeniosos procedimientos, sin que los esfuerzos de la Estadística basten á calcular ni aún la importancia probable de tan útil combinación. Bajo múltiples formas llevan el socorro al indigente, ejercen la abnegación y el sacrificio y prestan á la sociedad servicios que no salen á la superficie, pero

que no, por carecer de esa brillantez exterior, son menos meritorios. Inútil sería buscar en la historia la comprobación de estas verdades. Baste decir que en nuestros días, y á presencia de un materialismo devastador, abundan las obras benéficas, amplíase el círculo de la caridad privada, créanse asociaciones de beneficencia, repítense las suscripciones para aliviar la miseria, y vive y crece en los pueblos cristianos la mayor de las virtudes, apartando así de ellos las funestas consecuencias de la miseria.

Felicitémonos de ello, Señores, y convenzámonos de que á la Moral que preceptúa la caridad y á la Economía que estudia la riqueza, toca resolver de común acuerdo y sin imprudentes aislamientos, este grave problema, pendiente sobre nuestras cabezas porque no se há atendido á la variedad del mal que también exige diversidad de remedio.

Al terminar, Señores socios, esta conferencia, en la cual hé iniciado el tema del pauperismo, permitidme que de lo más íntimo del alma os agradezca la benévola atención que me habeis dispensado, y os felicite, porque gracias á vuestro celo y constancia, á vuestros sacrificios y abnegación, ésta Sociedad Económica, libre siempre de preocupaciones que á otros institutos aquejaron, supo realizar su noble misión, no sólo en el orden material, sino también en el moral, practicando hoy por fortuna, mejor que nunca, el honroso lema de su instituto: *Sócorre enseñando*.

HÉ DICHO.



520 679683
i2224692

